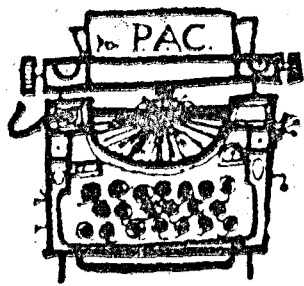


escrito a máquina



El regreso

—¿Sabe usted que existe otra versión de la leyenda del Gran Inquisidor? No sé si entre los papeles de Fiodor Dostoievski. Me parece que no. Creo que es una leyenda posterior. Una adaptación quizás. La verdad es que los inquisidores no sólo existieron en Sevilla, donde el ruso localiza su diabólico personaje. En todas partes, en todos los tiempos, allí donde se instala cualquier tipo de totalitarismo, allí donde se instala cualquier sistema ideológico o social que pretenda hacer la dicha del hombre quitándole la libertad, aparecen los inquisidores. Y hay inquisidores que se presentan como hombres liberales que han triunfado sobre los grandes inquisidores del pasado, pero que a su vez imponen su criterio como dogma y su voluntad como norma. Uno de esos, un extremista del principio de autoridad —cuyo corolario es la obediencia ciega— dio pie, creo yo, a la nueva versión. Ponga atención. Procuraré resumirla:

—Se trata de una hajada de Cristo en persona a la tierra. Por cierto no de la última en que ha de aparecerse, según su profecía, al final de los tiempos en toda su gloria y majestad. No. El quiso, aunque fuese por un momento, visitar a sus hijos que atravesaban una dura y confusa situación.

Fue, parece, un día en que una muchacha había sido muerta. Una sindicalista. El pueblo comenzó a reunirse alrededor de su cadáver encontrado en la calle en un charco de sangre. El también se acercó, suavemente, inadvertido, en silencio, pero he aquí que todos, cosa rara, lo reconocieron. ¿Qué vieron en El? —No sé. Pero el pueblo, como atraído por una fuerza irresistible, comenzó a rodearle. No se atrevían a hablarle, pero le miraban. En eso, la madre de la muchacha muerta, que está sollozando en el suelo, enterrada su cabeza en el pecho perforado de su hija, vuelve hacia El los ojos y se oye un grito: “¿Señor! ¿Si eres Tú, resucita a mi hija!

El Señor la mira. Está la calle llena de gente, pero un espeso silencio paraliza hasta el aire. Cristo ve a la madre y sus ojos se nublaron de una infinita piedad. Se acerca. Se inclina. Toca a la muchacha y una vez más profiere aquellas inolvidables palabras: “Thalita kumi” (“levántate, muchacha!”). Y la joven se incorpora, sonríe con sus asombrados ojos. El gentío no puede contener la emoción, se oyen sollozos, gritos, empujones de los que quieren acercarse atónitos al prodigio y he aquí que en ese preciso momento se acerca un llamante automóvil, se abre la portezuela y baja el Gran Inquisidor. Su fino y costoso hábito descende impecable hasta el suelo. Dos guardaespaldas lo preceden. Otros cuatro lo siguen. El pueblo se aparta lenta y respetuosamente. Pero él todo lo ha visto. Vio a la mujer muerta. Vio al Desconocido acercarse y resucitarla y su rostro se ha ensombrecido. Sabe quién es. Pero su ceño se ha fruncido y con un simple gesto de su mano ordena a sus guardias detener al Desconocido. La muchedumbre, por un momento, parece que va a reaccionar, pero sabe el poder que respalda al inquisidor. Sabe lo que le espera a cualquiera que manifieste la menor señal de inconformidad. Poco a poco la gente retrocede, baja la cabeza y aparecen como por encanto hombres de civil, armados. Apuntan con sus armas, atemorizan, golpean y alejan a los que no se apartan con rapidez mientras los guardianes del Inquisidor se adelantan, ponen sus manos sobre el Desconocido, lo empujan sin miramiento y lo conducen preso, en un vehículo, a un oscuro calabozo. La reja de hierro se cierra con candado y otra vez Cristo conoce la hora de las tinieblas.

Expira el día. Avanza la no-

che. La ciudad duerme. De pronto, en medio de las tinieblas se oye el rechinar de puertas que se abren y unas pisadas que avanzan. Es el Inquisidor que llega solo. Lleva una luz en la mano y se detiene en el umbral. Por largos minutos, luz en alto, contempla la faz del Desconocido. Avanza. Coloca la luz en el saliente del muro y le habla:

—Eres Tú. No me equivoqué! ¿A qué has venido?

—Pero al ver el sereno, inaccesible silencio de Cristo, apresúrase a añadir:

—No contestes. Nada puedes agregar a lo que ya has dicho en tu Evangelio. Es a nosotros a quienes nos corresponde ahora interpretar tu Evangelio. Pero ¿sabes lo que has hecho? ¿Sabes que has resucitado delante de todo el pueblo a una mujer subversiva? Si; si eres Tú, como yo creo, de sobra que lo sabes. Y lo que has hecho es justificarla. Ahora esa mujer se convertirá en cristiana y seguirá en su labor proselitista comprometiendo a la Iglesia. Promoverá huelgas, demandará justicia en Tu nombre y nos colocará en situaciones embarazosas. ¿Por qué has venido a estorbarnos?

Los pequeños ojos penetrantes del Inquisidor se clavaron en el preso. —¿Crees que no te he seguido los pasos? ¿Crees que no sé lo que has ido promoviendo, de país en país, actualizando aquellos aspectos peligrosos de tu Evangelio que con tanto trabajo habíamos adormecido y hábilmente marginado? ¿No te basta con lo que hiciste en Roma impulsando un Concilio que ha sido como un terremoto para tu Iglesia? ¿Quieres que esa crisis indomitable se extienda más y se pase también a este país donde había orden y docilidad y todo estaba encauzado en la más benéfica rutina?

Torció la boca en un gesto agrio: —¡Rejuvenecer! ¡Purificar! ¡Volver a la pureza evangélica!... Ya sé! ¡Esas son las palabras que has puesto de moda pero que no traen más que anarquía! ¿Quieres que toda la solidez del edificio que hemos levantado, convirtiendo al Poder en nuestro aliado y a la Riqueza en nuestra benefactora, se venga al suelo ahora y nos aplaste a todos? ¿Crees que se pueden sostener hospitales, hospicios, escuelas, colegios y universidades para educar cristianamente a la juventud, organizar parroquias, misiones, etc., si nos indisponemos con el Poder y hostigamos a la Riqueza? ¿Vamos a dedicarnos a denunciar injusticias y a alentar reivindicaciones sociales para que se nos tilde de subversivos? ¿Qué gobierno en el mundo no comete injusticias y no tiene que derramar sangre para someter al pueblo?... Sí. Ya sé. Ya conozco tu frase histórica sobre el César y sobre Dios. Pero hay que ser prácticos. Las circunstancias actuales son distintas. Tu Evangelio es hermoso, idealista —es conveniente saber que existe— pero hay que darlo a dosis, con cautela, con prudencia, dejarnos a nosotros que conocemos el medio explicarlo y aplicarlo. Si tú vuelves a la tierra traes otra vez el desastre. La cruz. Con la cruz no ganamos nada. La cruz es la violencia. ¡Déjanos a nosotros! ¿O es que crees que esa chusma cobarde, que te dejó arrestar, es el apoyo de tu Iglesia? ¿Todavía sigues creyendo que es el Amor el que resuelve todo?...

—Oyeme. Es preciso que me oigas! El orden cristiano no se basa en el Amor sino en la Autoridad. El amor responsabiliza, obliga al diálogo, obliga a compartir y el pueblo no quiere responsabilizarse. El pueblo quiere entregar su responsabilidad a alguien, quiere obedecer, quiere ser dirigido. Nosotros nos sacrificamos por él. Lo guiamos. Lo conducimos. Le damos limosnas cuando está necesitado. Eso le basta. Digo “eso le basta” si no vienes Tú a llenarle la

conciencia de derechos, de reclamos, de dignidades absurdas y a inyectarle rebeldías. Por eso te mandé detener y encarcelar. Porque quieres destruir la sumisión que es la base del orden. Porque vienes a alentar sus reclamos. A hacerlos sentirse nuestros iguales. Y eso no te lo vamos a permitir!! ¿Me oyes? ¡ESO NO TE LO VAMOS A PERMITIR!!

La última frase, amenazante, del Inquisidor fue un grito violento como un latigazo. Pero Cristo, que había estado escuchando, sereno y en silencio, se irguió. Pareció que de sus labios iba a salir una palabra fulminante, pero solamente miró al Inquisidor y dándole la espalda avanzó despacio, majestuosamente, pasando entre los guardias y centinelas que se quedaron petrificados.

Y salió afuera. Y avanzó por la calle hacia la noche.

Y se vio entonces, desprenderse de una esquina, entre las sombras, a una muchacha. Y se oyó la voz de su padre que le gritaba: —¡Hija! ¡No lo sigas! ¡Te va a comprometer y vas a comprometer a tu familia! —pero ella siguió tras El y de nuevo se vieron grupos de jóvenes que aparecían entre las sombras y se oían las voces de quienes trataban de disuadirlos. Pero ellos decían: —Es El. Y lo seguían. Y unos a otros se avisaban. E iban tras El. Eran todos jóvenes. Habían oído que había llegado, que estaba preso. Y lo esperaban. Y se iban sumando, clandestinamente de esquina en esquina, de calle en calle. Y lo seguían. Y El iba adelante, y avanzaba en la noche hacia la lejana luz del alba...

PABLO ANTONIO CUADRA